

“DI LA LUCHA QUE TENÍA QUE DAR”

Wuilmer Borghi

Los orígenes

Nací un 25 de mayo de 1932 en una colonia agrícola perteneciente a la localidad de Bulnes, unos sesenta kilómetros al sudeste de Río Cuarto. Como era común en aquellos tiempos, una vecina hizo de partera. Mi padre, Francisco Juan, era agricultor. Mi madre, Catalina, ama de casa.

La vida no me propuso una infancia sencilla. Mi padre falleció cuando yo tenía apenas doce años y fue una marca difícil de sobrellevar. Tuve la suerte de que un tío me llevara con él al pueblo de Moldes, a pocos kilómetros de Bulnes, donde cursé toda la primaria. En el '47, ya en la ciudad de Córdoba estudié el secundario en el Colegio Salesiano de Artes y Oficios. En el '51, cuando egresé con el título de Técnico, me mudé a Río Cuarto.

Los comienzos en la industria

Mi primer trabajo en la industria metalúrgica fue como tornero en una empresa de rectificación de motores. Tras una interrupción de dos años por el servicio militar en la Marina, entré en una compañía dedicada a la fabricación de repuestos para el transporte.

Fue una excelente experiencia, ya que en aquellos años estaba ocurriendo un despegue de la industria automotriz. Trabajábamos prácticamente a destajo, en continuo desde la cinco de la mañana del lunes hasta la una de la tarde del

Wuilmer Borghi
en el taller del
Colegio Salesiano
de Artes y Oficios
de Córdoba. Quinto
año de la escuela
secundaria. 1951.





Wuilmer y su señora Nilda, junto a sus hijas Estella y Bibiana. 1981.

sábado. Yo era el responsable de coordinar todos los turnos. Me quedé allí hasta el '61, cuando decidí probar suerte como emprendedor.

El proyecto propio

A comienzos de la década del '60, estaba ocurriendo un crecimiento exponencial del parque automotor argentino. Pero lo que no se había desarrollado al mismo ritmo era la fabricación de cierta clase de repuestos para ómnibus, camiones y máquinas viales. Allí existía una oportunidad para fundar mi propia empresa.

Con dos empleados, comencé a fabricar repuestos especiales que no se conseguían en el mercado. Mi intuición había sido correcta porque al poco tiempo ya había conseguido clientes importantes como las firmas de transporte Chevalier y Costera Criolla. La demanda era muy fuerte. Empezaba a trabajar muy temprano y me iba tardísimo de la fábrica. Las décadas del '60 y '70 fueron de un enorme crecimiento. Prácticamente desde la nada empecé a equiparme y a producir. Llegué a tener unos veinte empleados, pero nunca crecí más que eso.

Las crisis

Me tocó enfrentar todas las crisis que fue atravesando la Argentina. La primera, con Martínez de Hoz, que abrió la importación y afectó muy fuertemente a



Wuilmer Borghi en el Consejo Federal de la Industria,
junto al ex Presidente Dr. Arturo Illia. 1982.

muchos de mis clientes. En el '78, Fiat dejó de comprarme un producto que representaba una parte importante de mis ventas. Costó salir adelante, pero logré. En gran medida, mi perfil conservador me ayudó a sortear las dificultades que el país imponía en materia económica. Nunca me jugué más allá de mis posibilidades. Nunca aposté el rancho. En los tiempos de expansión, he ganado menos dinero que otros. Pero las tormentas me tomaron bien plantado y sin deudas. Mi criterio siempre fue caminar con paso firme.

La década del '90 fue la más difícil que me tocó vivir como industrial. La apertura comercial y el cambio hicieron que llegara una avalancha de repuestos importados para el transporte. Tuve que reenfocarme en la fabricación de piezas para maquinaria agrícola, ya que no podía competir con los repuestos que venían del exterior a precios bajísimos.

Mi apuesta fue por la calidad, por la fabricación de piezas confiables. Era la única forma de seguir en el mercado. Por lo demás, fue una década durísima para mi rubro. Pude reconvertirme porque mi compañía seguía siendo pequeña. Eso me permitió dar el golpe de timón en el momento justo, adaptando mi producción a las nuevas necesidades del mercado.

En ese tiempo aprendí a trabajar más con la cabeza y menos con las manos. Hasta el '95, yo seguía haciendo trabajo operativo, codo a codo con mis obreros. Pero en ese tiempo aprendí que mi función como directivo implicaba concentrarme en la estrategia. Así es como encontré la solución a la coyuntura de los '90.



Comisión Directiva del Centro Empresario, Comercial, Industrial y Servicios de Río Cuarto - CECIS. Presidente, Wuilmer Borghi. 1990.

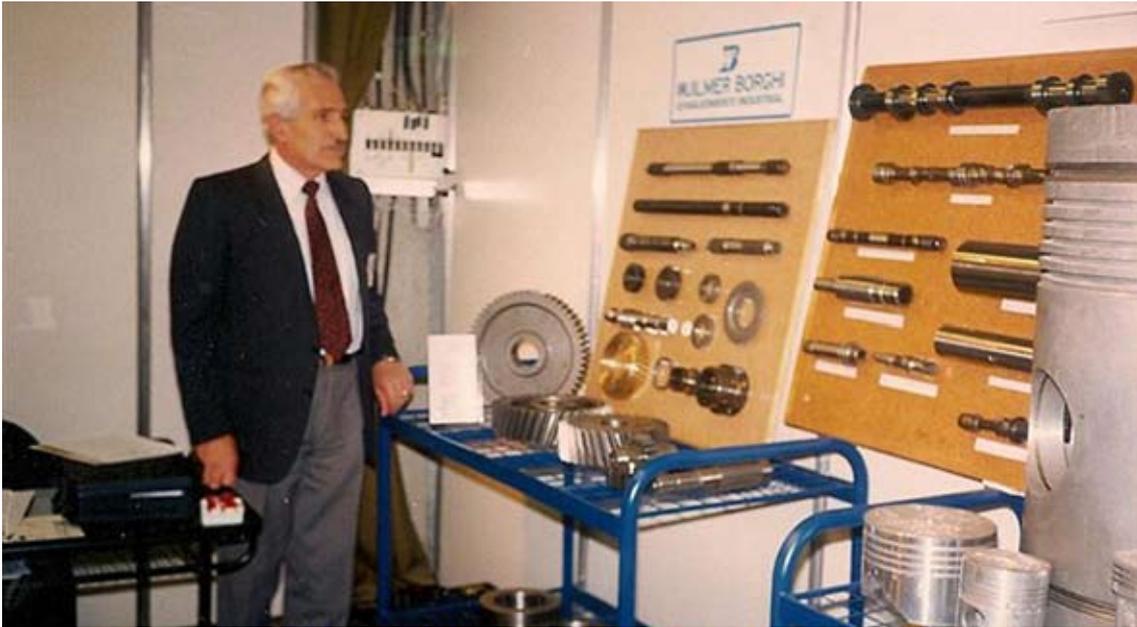
Tras la devaluación, en 2002, la situación fue mucho más desahogada. Incursioné en la fabricación de maquinaria para la industria molinera, para reemplazar equipos que antes se importaban. Siempre tuve inventiva para ir adaptándome a las necesidades del momento. Y mis productos fueron siempre de gran calidad, en ocasiones, hasta mejores que las piezas originales.

Hacer el bien para todos

Si mi empresa jamás creció más allá de cierto nivel es, en parte, porque no le dediqué el tiempo que habría necesitado. Es que mi pasión era la dirigencia. En los pocos años que tuve la suerte de disfrutar de mi padre, me quedó grabada una lección: *“hay que hacer el bien para todos”*. Él me transmitió esa inquebrantable vocación de servicio.

Yo fundé mi empresa en agosto del '61. En diciembre, ya había convocado a otros empresarios de la zona para escribir el acta constitutiva de la Cámara de Industriales Metalúrgicos de Río Cuarto, de la que fui Presidente por muchos años. Desde allí, activé en distintos ámbitos por una Argentina industrial y metalúrgica. Fundé y participé en distintas cámaras empresariales.

Fui Vicepresidente Primero de la Unión Industrial de Córdoba y miembro de la junta directiva de la Unión Industrial Argentina. También participé muy activamente en ADIMRA. Yo viajaba con mucha frecuencia a Buenos Aires, a



Wuilmer Borghi exponiendo algunas de las piezas elaboradas en su fábrica.

participar en reuniones en tiempos en que ni las rutas ni los automóviles eran los de ahora.

Desde mis tareas como dirigente, me tocó presenciar desde primera fila épocas muy difíciles para la industria. La primera, en el '78, con Martínez de Hoz. Después, la de Menem y Cavallo. Yo luché por un país que fuera modelo para el mundo. Podemos serlo, por la calidad de gente que tenemos. Nuestros obreros están calificados al nivel de los mejores del planeta. Esta fue una batalla que he dado incansablemente a lo largo de toda mi vida, a la que dediqué más tiempo que el que mi actividad como empresario privado y como padre de familia hubiera aconsejado.

Wuilmer, deportista, herrero y hombre de familia

Otra de las pasiones de mi vida es el deporte. En los '60, participé muy activamente en automovilismo, en lo que por entonces era la Fórmula Uno Nacional. Por mi actividad, empecé a hacer componentes para coches de carrera. Y así me fui involucrando. También fui parte del desarrollo del deporte aeronáutico en la Argentina. Soy piloto civil de aviones y planeadores. En los '80, tuve un rol importante en vuelos de precisión. Por esta actividad, viajé varias veces al exterior en representación de la Argentina. La última, a Finlandia.

Mi otra pasión es la familia. Me casé en el '56, con Nilda María, a quien conocí de muy joven, en la colonia agrícola donde nací. Tuvimos dos hijas, Stella Maris, y Bibiana Nilda, que me dieron cuatro nietos. Mi esposa merece un lugar



Wuilmer Borghi, con sus nietas Marina y Alicia en Santa Rosa de Calamuchita. 2007.

especial en esta historia, por su apoyo incondicional a todas mis actividades como dirigente empresario.

El legado

Wuilmer Borghi Establecimiento Industrial hoy tiene seis empleados y realiza dos actividades. Por un lado, la fabricación de máquinas de alta complejidad para la industria molinera. Por el otro, el negocio tradicional de producción de repuestos especiales. Nunca tuve un socio. Y la vida no me dio hijos varones. Mis hijas se dedicaron a otras actividades. No tengo quien herede lo mío. Mi esperanza es que alguno de mis empleados de mayor confianza pueda seguir adelante con la compañía.

De todas formas, mi huella en este mundo no estará ligada a mi empresa sino a mis actividades en el gremialismo empresario. Tantas décadas de dirigencia me han dejado sensaciones encontradas. Por un lado, la satisfacción de haber dado la lucha que tenía que dar. Aunque, por el otro, la desazón de no haber triunfado, de no haber visto los resultados por los que tanto he luchado.

Me apenan los avatares que ha sufrido mi querido país. Nos faltó un gobernante que nos llevara para adelante, con organización y coherencia. Yo ya estoy viejo y cansado, aunque con la conciencia tranquila por el deber cumplido. Ahora la posta debe pasar a las próximas generaciones. Ellos son quienes deben seguir por el camino que nosotros hemos marcado, hacia una Argentina fuerte, industrial y metalúrgica.